

LIBROS

Al término de un largo viaje

El 18 de noviembre se cumplirán veinte años de la muerte de Paul Eluard. A la distancia de dos décadas, el poeta francés aparece como uno de los más importantes escritores eróticos de nuestro siglo. Entendiendo la palabra erotismo en su sentido más amplio, más universal, tal como expone Jorge Urrutia (1), excelente antólogo, traductor y prologuista de los «Poemas» de Eluard, recientemente aparecidos en su versión española (2): «Eluard ha sabido unir perfectamente la experiencia amorosa y la experiencia poética. A lo largo de su obra pueden marcarse tres ciclos y cada uno lleva la forma de una mujer. Porque la mujer no sólo está presente en los poemas de amor. O, mejor dicho, Eluard sólo escribe poemas de amor. De amor al mundo, de amor a los hombres. Y la mujer es aquello que el poeta tiene más cerca para comprobar la grandeza del hombre».

Amor que —como indica el propio Urrutia— se confunde muchas veces con libertad dentro de la obra del autor de «Capitale de la douleur», quizá su libro más definitorio, escrito por el poeta en 1926 cuando sólo contaba treinta años y compartía su vida con Gala, la que poco más tarde sería compañera de Dalí. A esa libertad, Eluard dedicaría toda su vida sin temor a comprometerse políticamente.

(1) Que también acaba de publicar un aportador folleto, «Ensayos de lingüística externa cinematográfica», número 1 de la colección Cuadernos del Seminario de Estudios Cinematográficos, del colegio universitario de San Pablo (CEU).

(2) «Poemas», de Paul Eluard, antología en texto bilingüe, versión de Jorge Urrutia. Colección Seleccionados de Poesía Universal. Editorial Plaza & Janés, Barcelona, 1972.

te de una forma muy directa, tanto antes de la segunda guerra mundial («Comité de Vigilancia de los Intelectuales») como durante el transcurso de ella (jefe de la zona Norte del «Comité Nacional de Escritores» formado en la resistencia, del que fue hombre decisivo junto con Louis Aragon, perseguido por los nazis especialmente a partir de la aparición de «Poésie et vérité 1942»), al margen de su permanencia intermitente en el partido comunista francés.

De entre todos los textos antologados en la actual edición española, yo elegiría un fragmento de «Noches compartidas» —del libro



Paul Eluard.

«La vida inmediata», 1932—, no sólo por lo que tiene de resumen de la problemática de Eluard, sino esencialmente por su carácter de síntesis de nuestras contradicciones más íntimas, de nuestro desequilibrio cotidiano nunca resuelto: «Al término de un largo viaje, tal vez yo no iré hacia esa puerta que tan bien conocemos los dos, ya no entraré tal vez en esa habitación a donde la desesperación y el deseo de acabar con la desesperación me han atraído tantas veces. A fuerza de ser un hombre incapaz de superar su ignorancia de sí mismo y del destino, tomaré tal vez partido por seres diferentes del que había inventado. ¿Para qué podré servirles?». Lucidez tan increíble que llega a poner la carne de gallina, no es caso aislado dentro de uno de los libros más apasionantes que hoy se pueden leer entre nosotros. ■ FERNANDO LARA.

Un centenario olvidado: Luis Bello

En el año del centenario de Baroja, no puede extra-

ñarnos que esté pasando inadvertido el de Luis Bello, escritor y periodista, nacido en Alba de Tormes (Salamanca) el 6 de diciembre de 1872. Y, sin embargo, aunque olvidado hoy, el «misionero» Luis Bello fue uno de los periodistas más populares que ha dado España.

Perteneciente a la generación de la República, cursó estudios de Derecho en Madrid. En el significativo año de 1898 ingresó en la redacción de «El Heraldo de Madrid», donde inició su carrera periodística. Antes había ejercido la profesión de abogado en el bufete de Canalejas. Comenzó haciendo extractos de las sesiones del Congreso. De «El Heraldo» pasó a «El Imparcial», perteneciendo dos años a su equipo de redactores en la primera etapa del famoso diario. Ingresó luego en «España», y terminó esta primera etapa de su vida fundando «La Crítica» con Cuartero y Cristóbal de Castro. Al desaparecer «La Crítica» marchó a París como corresponsal de «España». En la capital francesa permaneció un año, escribiendo su primer libro, «El tributo a París», uno de los mejores libros escritos en español sobre la ciudad del Sena.

De regreso a España vuelve a colaborar en «El Imparcial», dirigiendo los famosos «Lunes», y escribe para «El Mundo» y «El Radical», y funda la revista «Europa», precursora de «España». Dirigió después «El Liberal», de Bilbao, pasando luego a engrosar las filas de «El Sol», donde realizó su gran obra que ganó la admiración de España entera: su campaña en favor de la escuela nacional.

Durante años, solo o acompañado por algunos amigos, Luis Bello visitó las escuelas de España, conversó con maestros, alumnos, autoridades y hombres de pueblo, y sus artículos, resultado de sus visitas, despertaron la admiración de la gente. Estos artículos constituyeron durante muchos meses la nota más interesante, más viva, más esperanzadora de la vida nacional. El magisterio español tuvo en él uno de sus más ilustres defensores. Los millares de niños sin escuelas pueden considerarle como el primero de sus protectores.

El 23 de marzo de 1928, cuando las visitas de escuelas habían aparecido en tres tomos, Araquistain publicaba en «El Sol» un gran artículo pidiendo un homenaje nacional para Luis Bello.

Al poco tiempo, toda la nación se sumaba. Con pequeñas aportaciones se reunieron más de 100.000 pesetas. El propósito era comprar una casa al ilustre escritor. España entera lo convirtió pronto en realidad.

Acostumbrados a la mediocridad admirativa de nuestros días, no podemos comprender lo que fueron aquellas explosiones de auténtica popularidad. Fue un movimiento de admiración a una obra de carácter nacional al que se sumó toda la España liberal y viva. Finalizaban los días de la Dictadura del general Primo de Rivera y España estallaba en ansias de renovación de los auténticos valores nacionales. Luis Bello, desde las poco repetibles páginas de aquel diario, se convirtió en el verdadero adalid e intérprete de las ansias nacionales. Sus crónicas diarias de entonces constituyen una antología de lo que debe ser el trabajo periodístico.

Al proclamarse la segunda República, Bello fue elegido diputado para las Cortes Constituyentes, formando parte de la Comisión que redactó el texto constitucional. Presidió también la Comisión del Estatuto de Cataluña. Durante el bienio izquierdista dirigió el diario republicano «Luz» y si-

EL TESTIMONIO VIVO DE MELINA MERCOURI

Apasionada, vital, Melina Mercouri es una mediterránea como de fábula. «Mi rabia es la razón de este libro», escribe en alguno de sus capítulos. El libro es «Nací griega», y uno de sus más punzantes capítulos fue publicado previamente por TRIUNFO. Toda su última parte es una descripción del golpe de Estado llamado «de los coroneles», de la implantación de la dictadura, las cárceles, las torturas y el sofoco de la libertad; y de su lucha personal —incesante— contra este poder, tan altamente apoyado, sin omitir las acusaciones contra los Estados Unidos y la CIA. Pero antes, Melina Mercouri cuenta su infancia, Atenas, las islas, sus amores, el cine, Europa, el exilio, con palabras llenas de color y de vida. Una adoración por la belleza física, el sol, el amor, forman la personalidad de Melina Mercouri. Observadora, dotada de un fino sentido del humor, describe personajes, famosos algunos en el mundo entero —como Greta Garbo o como Theodorakis—, otros puramente locales o familiares —su abuelo, sus amantes, sus familiares—, con fuerza y con emoción. Se aprende más de la Grecia contemporánea leyendo este libro

que todos los documentos, las historias o reportajes que se han multiplicado estos últimos tiempos. ■ J. A.

Melina Mercouri, «Nací griega»; traducción de Angela Pérez. Editorial Dopesa, Barcelona, 1972.



guió colaborando en «El Sol». Al sobrevenir la revolución de octubre de 1934 fue encarcelado, juntamente con Azaña, en Barcelona. Una vez liberado, fundó el semanario «Política», convertido después en diario. Su muerte le sobrevino, después de una corta enfermedad, en Madrid, siendo diputado a Cortes por Lérida, el 6 de noviembre de 1935.

Como escritor deja obras tan relevantes como la citada «El tributo a París», «Ensayos e imaginaciones sobre Madrid», «Una mina de oro en la Puerta del Sol», «Cuadernos de estudio sobre temas de actualidad», la novela «El corazón de Jesús» y, sobre todo, su monumental obra «Viaje por las escuelas de España», recopilación de sus artículos en «El Sol» y que fue prologado por Azorín con el título de «Un misionero».

Los tres volúmenes de que consta el «Viaje por las escuelas de España» comprenden las comarcas próximas a Madrid hasta la Sierra; parte de Castilla y León; parte de Andalucía, Extremadura y una incursión breve en tierras de Portugal. Sin recoger en volumen quedan Galicia y otros viajes.

Inspirado en los libros de viajes del siglo XVIII (Villanueva y Ponz, en busca de noticias históricas y artísticas), es una estremecedora llamada a la conciencia nacional, un deseo de poner en marcha las fuentes de nuestra prosperidad interior. Como escribió Azorín: «Un periodista ha logrado el milagro de que España piense en sí misma, de que los españoles se preocupen de lo más trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños. Y Luis Bello ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronunciaron en un Parlamento centenares y centenares de discursos». Era en el prólogo al tomo III, dedicado a las escuelas extremeñas.

Como su amigo Valle-Inclán, como Machado, como Cernuda y como recientemente Antonio Espina, Luis Bello murió pobre. Y siguiendo el destino de tantos escritores españoles, su nombre ha caído en el olvido. En vida se le comparó a Don Quijote y muy pocos escritores que hayan gastado sus mejores ener-

gías en la hoja diaria, gozaron de tanta popularidad y adhesión. ¡Triste sino el de una España que ha podido y puede olvidar tantas cosas! ■ JOSE ESTEBAN.

El exilio y la melancolía

María Teresa León es una escritora de Burgos poco conocida en la España actual. Si algo se sabe de ella aquí es por ser la mujer de Rafael Alberti, que aparece, de tarde en tarde y sonriente, a su lado en alguna fotografía. Se sabe también que, como él, es de los que perdieron la guerra y anda fuera de su país desde 1939.

En realidad se conoce muy poco de lo que hicieron los escritores españoles fuera de España a partir de aquel año. Claro es que están ahí los más famosos, pero aun así su bibliografía resulta bastante incompleta. Y tampoco parece que nadie se interese mucho por completarla. Los menos famosos resultan tan incómodos como los famosos y tienen peor suerte: «Que los lean en Argentina o en México, donde quieran... y que nunca dejen en paz». Solamente por cuquería se especula con ellos para sacarlos a relucir de vez en cuando, aureolados de un tufillo de misterio, tristeza y alarde cultural.

No viene ahora a cuento, ni sé si sería factible, redactar la biografía de María Teresa León. Ella fue, en unos años muy concretos, figura representativa de la cultura española. Aquello pasó y María Teresa trabajó en Buenos Aires. Actualmente vive en Roma. Escribe,

como en la Argentina, para la radio o para revistas literarias italianas, traduce... Son los quehaceres de siempre. Bastante más difíciles en un país extraño y de otro idioma, donde las exqui-

vida difícil que ha llevado no la ha vencido. Para otra persona menos tenaz que esta risueña doña Jimena de hoy, la vida le hubiera dado muchos motivos de pesimismo.



María Teresa León.

teces de un castellano burgalés no son muy paladeadas, donde resulta más difícil inserirse en la vida cotidiana de un profesional de la literatura. Pero María Teresa tiene inagotable capacidad de entusiasmo. Ella, en los momentos más ásperos ha confiado tanto en el futuro como en el pasado, en un pasado hermoso, pleno de trabajo e ilusión, de innumerables amigos, y ha sabido siempre destacar los bellos recuerdos de la misma manera que, en el presente, sólo repara en lo bueno de las personas que la rodean o de la situación que vive. María Teresa se esfuerza en fijarse únicamente en lo que encuentra hermoso; ella sabrá lo que le cuesta mantener tal estado de ánimo. Pero esa

María Teresa León es muy intrépida y siempre está urdiendo proyectos. Si fuera por ella, en Roma no habría quien parara, tampoco en Anticoli Corrado, el pequeño pueblo donde Rafael y ella veranean.

Estas líneas intentan ser una aproximación a su último libro —no sé el número que hace de los que lleva publicados—, «Memoria de la melancolía». Se trata del primer volumen de sus Memorias abigarradas, escrito con la misma brillantez de sus anteriores libros, que dan testimonio personal de unos momentos ya perdidos que empiezan a ser datos y fechas en manuales de Historia. Momentos que no vivieron más que sus protagonistas, aunque hayan sido comentados en varias ocasiones. Y sus protagonistas ya desaparecieron o desaparecerán pronto. María Teresa no se ha preocupado de los manuales de Historia ni de articular un panorama cultural en el que ella intervino; ha ordenado sus recuerdos con desorden cronológico, como se hace al evocar libremente otros tiempos, y los expone hondamente, con toda la emoción que les añaden los años transcurridos. Nada más lejano de la recolección de anécdotas que «Memoria de la melancolía»; esta entrañable «a la búsqueda del tiempo perdido» convertido en conmovedor y constante presente sin que se atenúe el dolor de las raíces corta-

das. Hablando de los demás —Ramón Menéndez Pidal o Dolores Ibarruri, Neruda o Hemingway—, María Teresa hace su autorretrato sobre un fondo histórico, descrito entre patética y cariñosamente, de las zozobras de una época, recoge sus impresiones por Europa, Asia y América en años de angustia y esperanza. España, naturalmente, aparece con mayor fuerza; una España en la que ha vivido menos que fuera de ella. Por eso su melancolía, por eso también su entusiasmo en hacer suyo todo lo que encuentra lejos de lo suyo.

Hoy, en los meses de verano, María Teresa León es el personaje más popular de Anticoli. Se detiene en la calle para hablar con una vieja o unos niños, para acariciar a un perro o preguntar nombres de plantas, la historia de antiguos moradores de casas deshabitadas; buscando recuerdos del pasado y problemas actuales, siempre con su misma sonrisa que parece recién estrenada, tan luminosa como sus ojos y la blanca aureola de su pelo.

En «Memoria de la melancolía» se habla de Anticoli Corrado:

«Nos sentimos felices en este paraíso de discordias que no llevan la sangre al río, sino a todos a la procesión o al mitin. Participamos en los llantos y en las fiestas. La última tuvo un hermoso nombre: "Poesía y cantos de amor". (...) El pueblo congregado escuchaba y lo miraba todo con asombro. Era la primera vez que los notables lo congregaban para hablarle de algo diferente a las elecciones. ¡Poesía y cantos de amor! Aún estarán hablando. Para conservar su tradición, el pueblecito maravilloso ha fundado el Centro Histórico y Artístico de Anticoli Corrado. Tendrá un museo que perpetúe el recuerdo de los que allí trabajaron. Tengo el honor de pertenecer a la Junta. Es Italia que me toca la frente. Descansa, dice. Y yo obedezco».

Ya existe el museo. María Teresa continúa proyectando otras actividades y pensando en el día en que recuerde, desde otras tierras y con cariño, este pequeño lugar de Italia.

«¿No tendremos regreso? Es una historia de la que no conozco el fin». ■ MANUEL BAYO.

